

Las actitudes ante la muerte en tiempos de la peste negra



Lucero Guadalupe López Leal

Carolina Almaraz Flores

José Ricardo Galván López

Claudia Lorena Reyes Hernández

BLOCH

BLOCH

<https://revistabloch.uanl.mx/index.php/b>

Las actitudes ante la muerte en tiempos de la peste negra

Carolina Almaraz Flores, José Ricardo Galván López, Lucero Guadalupe López Leal & Claudia Lorena Reyes Hernández

Universidad Autónoma de Nuevo León Facultad de Filosofía y Letras

Editor:

Alfonso André Quintero Gómez

Copyright:



© 2021, Carolina Almaraz Flores, José Ricardo Galván López, Lucero Guadalupe López Leal & Claudia Lorena Reyes Hernández. This is an open-access article distributed under the terms of Creative Commons Attribution License [CC BY 4.0], which permits unrestricted use, distribution, and reproduction in any medium, provided the original author and source are credited.

Recepción: 22 de junio de 2021

Aceptación: 28 de junio de 2021

Email:

galvan711@hotmail.com

Las actitudes ante la muerte en tiempos de la peste negra

Attitudes Towards Death In Times Of The Black Plague

Carolina Almaraz Flores, José Ricardo Galván López, Lucero Guadalupe López Leal & Claudia Lorena Reyes Hernández
Afilación: Universidad Autónoma de Nuevo León

Resumen:

Uno de los mayores problemas de la Edad Media fue, sin duda, el tratamiento de enfermedades con base a los conocimientos de esta época. Caer enfermo debido a las condiciones de vida, la alimentación o la higiene no era extraño, y la muerte, que siempre ha estado presente durante la vida del ser humano, no era ni es inevitable. Pero ¿qué es lo que ocurre cuando ésta aparece repentinamente a mayor nivel, hasta llegar a una pandemia?

Palabras Clave:

enfermedades, peste negra, vida, actitudes

Abstract:

One of the greatest problems of the Middle Ages was, without a doubt, the treatment of diseases based on the knowledge of this time. Falling ill due to living conditions, food or hygiene was not strange, and death, which has always been present during human life, was not and is not inevitable. But what happens when it suddenly appears at a higher level, until it reaches a pandemic?

Keywords:

diseases, Black Death, life, attitudes

Las actitudes ante la muerte en tiempos de la peste negra

Carolina Almaraz Flores, José Ricardo Galván López, Lucero Guadalupe López Leal & Claudia Lorena Reyes Hernández

La Peste Negra

En el presente trabajo se busca establecer a grandes rasgos los criterios que tuvieron influencia en el desarrollo de las poblaciones respecto a la pandemia de la peste negra. Por tal razón, se buscará establecer los conflictos y consecuencias negativas, que la Iglesia tuvo que enfrentar al ser la cabeza social y política de la época; no obstante, también se hará cierto hincapié en el desarrollo social para poder establecer los criterios que cambiaron como producto de la peste, dada la ineficiencia de las estructuras sociales imperantes de la época.

La presencia de las enfermedades y de la muerte no es extraña para el ser humano, especialmente si nos referimos a siglos anteriores en donde no se contaba con la tecnología, y herramientas necesarias para la cura de éstas. Por dichas condiciones, al llegar una nueva enfermedad cuya propagación resultó tan sencilla, el hombre se encontró en un estado aún más vulnerable. Pero ¿qué fue realmente la peste negra?

Fue a partir del año 1346 que una epidemia comienza a propagarse rápidamente por todo el continente europeo, afectando también parte de África del Norte y Asia Occidental. Originaria de la Horda de Oro (territorio perteneciente a los mongoles), la peste pudo viajar hacia Europa a través de barcos, cruzando el Mar Negro hasta el Mediterráneo o por tierra hacia el sudoeste. Múltiples rutas de comercio comenzaron la propagación de los enfermos sin distinción alguna. Este papel se le suele atribuir a la senda china hacia Europa, debido al registro de brotes de peste en Astrakan y Saray, que fungían como caravanas del Bajo Volga en el territorio ruso; por su parte, otros brotes en la ciudad árabe de Ybn Battuta también sugieren una difusión de la enfermedad a través de la ruta de seda (Sánchez, 2008).

El término peste negra no se popularizó entre los diversos grupos de la sociedad hasta el siglo XVIII, aunque se cree que es una traducción incorrecta de la locución latina *atra mors* o *pestis atra*, al inglés o escandinavo (Arribazalaga, 1991).

Esta enfermedad se caracterizaba por la aparición de bubones en la ingle, el muslo, el cuello y las axilas, así como por hemorragias de colores oscuros debajo de la piel. De todos los infectados llegó a sobrevivir alrededor del 20 por ciento, pero ningún dato respecto a esta epidemia es exacto: Arrizabalga especula que hubo entre el 25 y 50 por ciento de la población europea murió, la Enciclopedia Britannica nos dice que aproximadamente 25 millones murieron entre 1347 y 1351 (Encyclopædia Britannica, s/f), mientras que la Organización Mundial de la Salud aproxima la muerte de 50 millones de europeos (OMS, s.f.).

Entre las posibles razones que se le adjudicaban a la aparición de esta enfermedad, se decía que era en realidad un castigo de Dios; la personas que cometían malos actos serían castigadas y morirían. Por otro lado, algunos médicos la atribuían a “causas naturales” o “causas celestes”, es decir, la posibilidad de contagio debido a la influencia planetaria sobre la Tierra. Por su parte, Gentile da Foligno, maestro de París, la atribuye a “causas terrestres”, señalando el papel de los vientos, los cuales podían transportar la putrefacción de cadáveres, aguas putrefactas y otras entrañas de la tierra. Algunos otros comenzaron a culpar a los judíos y leprosos de ser los

causantes de la peste. Esta idea señalaba directamente a cierto grupo como los responsables, lo cual iba de acuerdo con los planteamientos de Jacme d'Agramont y Alfonso de Córdoba, quienes sostenían que la plaga había sido provocada artificialmente (Arribazalaga, 1991).



Figura 1: iconografía de la época. Autor desconocido. Dominio público.

Otra de las explicaciones para las causas de la peste, proveniente de los idearios del pensamiento de la medicina clásica griega, fue que se originó como producto de una enfermedad epidémica, provocada por la inmundicia existente en las calles. En Inglaterra, por ejemplo, esto propició incluso la matanza de animales dictada por el rey Eduardo II, llevada a cabo con la finalidad de retener la propagación de la enfermedad en los exteriores (Benedictow, 2011).

Actualmente se sabe que la difusión de la peste negra ocurrió a causa de las

ratas y las pulgas, transmisores tanto de esta enfermedad, como de muchas otras. Las colonias infectadas de ratas aumentaban, y por consiguiente las personas quedaban más expuestas a las hambrientas pulgas que les picaban. Las muertes aumentaron rápidamente, y las zonas pobres fueran las más afectadas. El invierno fue un factor importante para reducir los contagios, puesto que la reproducción de las pulgas disminuía con la llegada de éste.

La Iglesia y los hospitales en el siglo XIV

La peste fue un evento recurrente durante la Edad Media en el siglo XIV. En general, y durante muchos siglos, cualquier atención médica organizada que existía en la Europa católica, se ofrecía bajo los auspicios de la Iglesia a través de los monasterios y las órdenes religiosas. En medio de toda la epidemia, los sacerdotes no dejaron de acudir a las enfermerías para asistir material y espiritualmente a los enfermos y moribundos, sabiendo que se enfrentaban a un enemigo invisible que muy probablemente los mataría. Sin embargo, miles de sacerdotes tomaron esta iniciativa, arriesgando sus vidas, para brindar esperanza y consuelo a los que sufrían y tenían temor (Buklijaš, 2004).

Los médicos no solían visitar a sus enfermos por miedo a quedar

infectados; si lo hacían, su ayuda era muy escasa y no se ganaba nada. Se exponían los cadáveres a las puertas de las casas, a veces se tiraban por las ventanas porque no había quien los enterrara, pues los sepultureros fueron los primeros en fallecer. Los enfermos morían sin nadie a su lado y los cadáveres permanecían varios días sin enterrar; la caridad estaba muerta y la esperanza perdida. La medicina medieval se vio impotente ante la peste. Los conocimientos acerca de ella eran muy precarios y desde tiempos de Galeno e Hipócrates, no eran muchos los avances en conocimientos médicos (Arrizabalaga, 1991). Por tanto, los tratamientos recetados contra la peste negra, al igual que aquellos designados para combatir otras dolencias, se basaban en la alimentación, la purificación del aire, las sangrías y en la administración de brebajes a base de hierbas aromáticas y piedras preciosas molidas. A quienes contraían la peste bubónica, los médicos les abrían los bubos, aplicándoles sustancias para neutralizar el veneno.

El entorno urbano y la arquitectura de los hospitales en las ciudades medievales, dependían de las características de la propiedad donada, ya sea privada, comunitaria o religiosa, y de las características de los pacientes: su género y posición social (Buklijaš, 2004). La mayoría de los

hospitales de las ciudades, en particular los fundados por benefactores individuales, eran pequeños edificios privados o religiosos. Con menos frecuencia, por ejemplo, en los casos de hospitales comunales los fundadores proporcionaron una dotación más grande, edificando construcciones especializadas de mayor tamaño.

A principios del siglo XIV se construyó un hospital de maternidad en Metz. También había hogares y hospitales para ancianos, que en parte evolucionaron a partir de las enfermerías monásticas, pero que luego se administraron como instituciones de caridad independientes. Estas casas, relativamente pequeñas y que a menudo albergan el número apostólico de 13 reclusos, estaban muy extendidas, y muchos hospitales grandes, como el Hospital St. Leonhard y el Espíritu Santo de Numburg en Estrasburgo, tenían secciones para ancianos (Cilliers, 2002).

Los primeros legados per laorero dello spedale se registraron en 1347, aproximadamente al mismo tiempo que la primera mención de los planes en los documentos oficiales de un hospital público. Durante el período de la peste negra, las instituciones religiosas, incluido el hospital,

recibieron una gran cantidad de testamentos que los tesoreros no pudieron manejar. Aún no está claro si la experiencia de esta epidemia, produjo algún efecto duradero en los patrones y la distribución de legados caritativos. Aun así, desde finales del siglo XIV en adelante, los patricios comenzaron a legar casas, tierras y dinero para el establecimiento de hospitales (Buklijaš, 2004).

Las actitudes ante la muerte en tiempos de la peste negra

Desde el mundo carolingio, se fue produciendo un fenómeno de sensibilización, que fue dando a la muerte individual un valor cada vez mayor hasta desembocar en la baja Edad Media. Ante las nuevas perspectivas mentales aparecidas en relación con la muerte en el otoño del medievo, la Iglesia se preocupó por difundir lo que podríamos denominar como una “actitud oficial”. La búsqueda del modelo de la muerte cristiana, consistía en diferenciar dos tipos de muerte: la corporal o física, siendo la muerte primera y la espiritual; o la anímica, siendo la muerte segunda, como fruto del pecado y castigada con la condena eterna. La muerte primera consistía en desdramatizar la muerte, que por otro lado significaba nada más que la separación del cuerpo y el alma. La vida mortal tenía un contenido agónico

cuyo desenlace habría de ser el fin de una peregrinación y el ingreso en la gloria (Huete, 1998).



Figura 2: “el triunfo de la muerte” sobre la sociedad europea. Bruegel, P. Dominio público.

La jerarquía tradicional de valores es puesta en tela de juicio, amenazando al hombre en su razón y su fe. En los dos últimos siglos del Medievo, y sin duda alimentada por la crisis general y los azotes epidémicos en que Europa se ve envuelta, la intelectualidad nobiliaria hasta entonces había tenido en su fe el consuelo, y en sus obras piadosas la segura salvación. El culto de la fama es así para muchos un consuelo a la brevedad de la vida, una manera profana de remediar la angustia de la muerte. La orientación supraterrrestre de la vida, había abolido toda ambición de fama, condenada repetidamente en la Biblia y por padres de la Iglesia. Entre la aristocracia culta se encuentra una nueva actitud respecto al mundo en la que el culto a la gloria constituye el fundamento de una nueva concepción de la muerte que se separaba de la

tradicionalmente predicada por la Iglesia. En la Biblia se podía encontrar toda una elaboración teórica de la muerte, en la que claramente se diferenciaban dos aspectos de ella: la muerte física o corporal y la del alma o espiritual. La primera de ellas queda inscrita dentro de las leyes de la naturaleza, como resultado de una disposición divina concerniente a todos los hombres sin excepción, carente de importancia al no ser más que ilusión y pura apariencia, ya que en el más allá se espera la resurrección de la carne (Huete, 1998).

El optimismo de la muerte reposa sobre el de la salvación. Por tanto, es para los justos un acontecimiento feliz e incluso envidiable. La sensibilidad mórbida y la actitud de desencanto de los poetas atestiguan que el pensamiento se va a separar en adelante de los caminos trazados por la Iglesia. El hombre comienza a profundizar en la significación humana del trance final, lejos de toda trascendencia. La nueva sensibilidad se liga a la conciencia de la duración terrestre, lo que hace nacer nuevos sentimientos: de un lado, la melancolía, la delectación morosa ante las alegrías terrestres; por otro, la ironía, la burla, prueba de la desilusión, de una profunda pena que la promesa del más allá no puede aliviar (Huete, 1998).

La concepción es todavía cristiana, pero es de hecho más exterior que real: el corazón del hombre se agarra a una visión, donde toda trascendencia queda excluida. La fama es además el móvil del esfuerzo, y el mismo deseo de la gloria constituye un mérito en sí, lo que contradice exactamente la concepción ortodoxa tan clara y enérgicamente, sentada por san Agustín y santo Tomás. La muerte es afrontada en las Coplas con resignación y serenidad, lo que no implica necesariamente una concepción perfectamente cristiana de la misma (Huete, 1998). Podemos advertir, en lo que se refiere a las actitudes de la esfera cortesana ante la muerte que, si bien cada autor se enfrenta de manera personal y distinta con el trance supremo, en cambio es posible encontrar en todos ellos una consideración común hacia la fama, y las glorias terrenas como una manera de vencer el desasosiego vital que produce en estas décadas finales del medievo la idea de la muerte. Así, vemos claramente cómo la actitud caballeresca y cortesana, con su inherente imperativo del honor, expande su ansia de gloria, confirma su proyección en el futuro.

La elección de un lugar de descanso eterno e incluso la de un hábito en que enterrarse constituyen así mismo, pruebas del ya comentado cambio de mentalidad frente a la muerte. El paso

de una muerte es considerado como un acontecimiento social, a otra enfocada desde un punto de vista personal, motivo por el cual el testador elige cuidadosamente los beneficiarios eclesiásticos de sus mandas en función de sus cualidades morales y espirituales, es decir, de su capacidad de actuar de intermediarios entre él y el cielo (Huete Mario, 1998).



Figura 3: representación del entierro de los muertos de la plaga. Autor desconocido. Dominio público.

Después de la Peste

Dentro de todo el espiral de muerte, que la comunidad europea tuvo en la época de la Peste Negra, la recuperación dentro del espectro social, fue relativamente lenta, en todas las comunidades, desde Navarra y Catalunya en España, la Toscana y El Piamonte en Italia, entre otras zonas de Francia e Inglaterra, existieron grados diversos de mortandad que azotaron de diversas maneras a los habitantes, sin embargo, el descenso de la población, no supuso un declive que afectara a lo largo del tiempo, en cambio, en realidad ayudó a detener el

crecimiento demográfico que se estaba dando en el Medievo (Bendictow, 2011).

En la escena social, el descenso de población si supuso un efecto grave en las tierras, con las muertes que se acumulaban el hombre se mantenía oculto y por lo tanto, estaba lejos del campo que debía trabajar, es aquí donde la producción de alimentos por la falta de campesinado se convierte en un grave problema, si el campesino está muerto, simplemente nadie trabajará la tierra, por lo que a hambruna fue una presencia constante una vez hubo finalizado la Peste Negra, aunque a su vez, el nuevo trabajo a la tierra tuvo su reactivación debido a la concentración de dinero en familias, quienes comenzaron el incentivo a la agricultura (García, 2017).

No se debe considerar solo esto en el apartado social, más allá de la falta de producción, la humanidad asoló el sentimiento de la muerte, es decir, la observación de final de la vida que dejó en claro como la perspectiva del Juicio Final, trataba con un mundo caído y sumido en la desgracia que la Iglesia no supo contestar, quienes iban en busca de la salvación en lugares religiosos sencillamente no encontraron algo más que muerte, es esto lo que crea la neutralidad de la muerte, es decir, observarla como un

proceso donde los ritos y costumbres importan, donde el muerto también importa, esto a su vez causó que empezaran a estudiar los cuerpos, cabe aclarar, que si bien los médicos de la época realizaron sus descripciones y estudios cuando la pestilencia tomaba fuerza en 1348 (Arrizabalaga, 1991), más adelante el estudio del cuerpo humano sería el eje central, y se empezaría a observar el esplendor de la figura humana, más allá de la religiosa.

Como antes se había mencionado, el dinero de las familias o de la burguesía, estableció el poder del campo que a su vez lo reactivó, esto fue por la pasividad de la nobleza que estando en medio de la crisis, no supo responder con efectividad, esto convierte a los grupos burgueses en una clase social, cuya presencia establece el manejo de dinero, además, con todo el proceso del nuevo campesinado, ellos mismos pudieron establecer sus posibilidades de acumulación basadas en productos con el dinero, posteriormente, les concedió el poder que estaba vacío desde la muerte de los nobles y administrativos (García, 2017).

Con la explotación del núcleo económico por parte de los burgueses, también lo fue en la educación, los empresarios quienes había iniciado una fuerte presencia de

los sectores primarios y secundarios, necesitaban a su vez la posibilidad de poder tener empleados que pudiesen escribir una nota, redactar un documento, todo con la finalidad de acelerar procesos que necesitaría el burgués, a su vez, provocó una competencia entre los que poseían locales y querían tener a quienes se pudiesen (Bendictow, 2011).

Como resultado de la peste, la cual alimentó una nueva configuración global, trajo consigo el renacimiento de las ideas clásicas, mismas que en su enfoque humanista empezaban a ser primordiales en las etapas finales de la alta Edad Media, esto fue uno de los ejes que estarían en la Edad Moderna, el desgastamiento del Medioevo caracterizado por las guerras, conflictos, Iglesia y epidemias, serían la consecuencia del final de esta.

En suma, las nuevas dinámicas establecidas por el fallo de la Iglesia como un órgano sociopolítico que podía regular el pensamiento de la época, fueron dejadas en claro, si bien no toda la sociedad europea era directamente ordenada por esta Institución, no se puede negar el hecho que su presencia por lo menos en un ámbito ideológico era preponderante, por tal razón se puede observar como su poder se fue desgastando al no ser la fe un poder

contra el desarrollo de una enfermedad mortal, de igual manera, el desarrollo social trajo consigo un avance significativo al poder ser una alternativa en la búsqueda de establecer nociones –básicas– del funcionamiento e ideario de la muerte, por consiguiente, la sociedad sufrió de un cambio de paradigma ante la vida y la muerte, podría establecerse un beneficio más no sería precisamente lo adecuado, ya que no se podría cualificar dicho pensamiento, por lo tanto, el criterio de la muerte fue un avance respecto al pensamiento eclesiástico hacia una órbita más antropocentrista.

Referencias:

Arrizabalaga, J. (1991). La Peste Negra de 1348: los orígenes de la construcción como enfermedad de una calamidad social. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1311806>

Bendictow, O. (2011). La Peste Negra, 1346-1353. La Historia Completa. https://books.google.com.mx/books?id=GVPg3TEqPcC&printsec=frontcover&dq=peste+negra+muerte&hl=es419&sa=X&ved=0ahUKEwjhg9_ovXpAhXmmq0KHclIC2IQ6AEIGzAA#v=onepage&q=peste&f=false

Buklijaš, T. i Benyovsky, I. (2004). Domus Christi in Late-Medieval Dubrovnik: A Therapy for the Body and

Soul. Dubrovnik annals, (8), 81-107.
<https://hrcak.srce.hr/19728>

Cilliers, L., & Retief, F. P. (2002). The evolution of the hospital from antiquity to the end of the middle ages. *Curationis*, 25(4), 60–66.
<https://doi.org/10.4102/curationis.v25i4.806>

Encyclopedia Britannica. (Abril, 2020). Black Death.
<https://www.britannica.com/event/Black-Death/Effects-and-significance>

Encyclopedia Britannica, (s/f). Flagellants during the Black Death.
<https://cdn.britannica.com/73/192773-050-3CFFA809/Brothers-of-the-Cross-Flagellants-Black-Death.jpg>

García, L. (Junio 3, 2017). ¿Cómo cambió a Europa la peste negra? España: La Vanguardia.
<https://www.lavanguardia.com/historiay-vida/edadmedia/20170217/47311697782/como-cambio-a-europa-la-pestes-negra.html>

Huete Fudio, M. (1998). Las actitudes ante la muerte en tiempos de la Peste Negra. *La Península Ibérica, 1348-1500. Cuadernos de Historia Medieval*, 1, 21-58.

Organización Mundial de la Salud. (2017). Peste.
<https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/plague>

Sánchez, C. (2008). La Muerte Negra. El Avance de la Peste. *Revista Med*, núm. 1: 133-134,
<https://www.redalyc.org/pdf/910/91016118.pdf>